

Les confieso que me resulta un poco extraño venir a La Felguera para hablarles a ustedes precisamente de La Felguera, de Langreo y de los langreanos, temas que ustedes conocen mejor que yo. Pero si algo me ayuda a cometer esta osadía es la distancia que mantengo con el objeto de esta charla, es decir que estas palabras que he escrito para estar con ustedes esta tarde son el resultado de una mezcla entre razón y pasión, entre realidad y ficción que se justifican por el hecho de regresar al lugar donde una vez fuimos felices, como dice el poema de Félix Grande que me ha servido para titular esta charla. “Donde fuiste feliz alguna vez” –dice el verso- “no debieras volver jamás”. Más adelante volveremos al poema que expresa una moraleja, no por dramática menos real; pero, de momento, y como ya han podido comprobar, no le estoy haciendo ningún caso a Félix Grande porque yo he vuelto y volveré cada vez con más empeño a esta bendita Felguera, como bien se encargó de cantarla Cholo Juvacho.

De mi Langreo adolescente y juvenil recuerdo los innumerables trasiegos en autobús que hacíamos en pandilla para ir a Ciaño, al Entrego o a Barros, en los que había un cobrador que cantaba siempre las paradas; al llegar a La Felguera, decía con su sorna habitual: “La Felguera industrial, Sama capital”. Si Langreo siempre lo ha formado Ciaño, Sama, La Felguera, Lada, Barros y Riaño, a mediados de los 80, ese conjunto urbano se constituye como ciudad y capital del concejo –Langreo en lugar de Sama; qué diría ahora aquel simpático cobrador del bus.

La Felguera tiene una historia tan longeva que los primeros escritos de los que tenemos constancia se remontan a mediados del siglo IX, en pleno reinado de Ordoño I, aunque la primera referencia escrita como Felguera sea del siglo XIII porque ese nombre proviene de "Helguera" lo que significa "tierra de helechos". En 1980, Javier Cellino y yo inauguramos una librería que se llamó Lorca, que es un nombre que le va bien a una tienda en la que se venden libros pero que en nuestro caso era también un nombre que pedía ser leído entre líneas. Lorca era entonces, con Antonio Machado, uno de los grandes poetas admirados por mí y la lectura del *Romancero gitano* fue un descubrimiento importante en mi adolescencia, y no digamos con *Poeta en Nueva York*, pero el nombre de Lorca iba unido al hecho terrible de su muerte, así que no solo nos atraía la poesía del vate granadino sino también queríamos reivindicar la figura la figura del poeta asesinado.

Volviendo a los helechos, recuerdo que uno de los primeros libros que entró como novedad en nuestra librería fue *Los helechos arborescentes*, de Francisco Umbral, unas memorias mágicas, según contaba el autor en la portada, en una historia irracional de España. Ahí estaban pues las raíces ancestrales de la memoria, ancladas en un bosque enmarañado de helechos como símbolo de la complejidad de la vida en sociedad.

Lo que parece más claro en nuestra memoria común es la presencia romana reflejada en algún puente y en varias torres de defensa a lo largo del Valle. Una romanización que tuvo que servirnos, seguramente, para dulcificar ciertas formas montunas y entrar en la élite de la cultura y el desarrollo. Las consecuencias han pervivido a lo largo de los siglos y por eso hace 100 años La Felguera tenía uno de los índices de alfabetización más altos de España (como ven, me agarro a lo que más nos prestigia), o a principios de la década del 60, la UNESCO nombró Langreo el kilómetro más culto de Europa, sobre todo debido a la intensísima actividad cultural de La Felguera y Sama. Y como hemos aprendido a leer y a escribir muy tempranamente tenemos a gala el Certamen de Cuentos más antiguo de España que es el Concurso Internacional de Cuentos de La Felguera, con nombres de escritores de gran prestigio como ganadores y motivo de tesis doctorales en todo el mundo.

Si todos los caminos conducen a Roma, en la antigüedad la Roma de Asturias era La Felguera porque lo que hoy es la autovía minera, su origen fue una vía romana que desde León entraba en Mieres y cruzaba el valle hasta Gijón, pasando por el puente romano de La Felguera, camino que tenían su confluencia en la actual estatua de Pedro Duro con el llamado Camino Francés de Langreo –uno de los Caminos Reales de Asturias-, que comenzaba en Oviedo y acababa en Sama. Este cruce de caminos originó la construcción de la ermita de Santa Eulalia, sede de la actual iglesia.

Ese puente romano tuvo su importancia porque dio nombre al que ahora conocemos como Barrio de El Puente. Sus vecinos, en el siglo XVI, fueron pioneros en el movimiento asambleario y ya entonces se reunían para discutir sus problemas, para nombrar alcaldes y jueces. Toda la representación popular era elegida democráticamente por el pueblo. Los indignados del 15 M deberían haber tomado nota de estos hechos en sus propuestas.

Pero el despegue económico de Langreo se produce en el XVIII con la actividad minera. El carbón se trasladaba en chalanas que navegaban por el río Nalón aprovechando las crecidas. A principios del XIX, con el impulso de Jovellanos, se termina la carretera "La Carbonera" que comunica Langreo con Gijón para el transporte del carbón y el ferrocarril nos coloca entre las sociedades más avanzadas del país.

Langreo está formado por hitos que han marcado su rumbo y que la han colocado en podios de los muchas veces tuvo que bajarse sabiendo mantener la frente alta. Ahí están los mitos de *Qué verde era mi valle* o *La Aldea perdida*. John Ford rueda en 1941 la historia de un pueblo minero de Gales donde vive una familia orgullosa de ser todos mineros y de respetar las tradiciones y la unidad familiar. Pero la bajada de los salarios por su trabajo en la mina enfrentará al padre con sus hijos, que ven en la unión sindical única manera de hacer frente al patrón.

Ford se embarcó en la historia nostálgica de una época dorada y creó una alegoría de gran belleza, representada en el verdor del valle como reflejo del amor sincero y de la unión familiar de entonces frente a la negrura del carbón, imagen de la pobreza interior que el director vislumbra en una sociedad que se va diluyendo en la búsqueda del bienestar material y la riqueza. Algo así como mostró Armando Palacio Valdés en su *Aldea perdida*.

La película de Ford es un homenaje hecho desde América a la familia de su querida Irlanda por un hombre de casi 50 años que rezuma amor y nostalgia hasta en el final, en que hace terminar la película de un modo teatral, haciendo que sus personajes vuelvan a salir para despedirse del público. Todo un detalle de ternura y belleza tras la dramática escena de recuperación de los cuerpos fallecidos en la mina.

En *La aldea perdida*, publicada en 1903, Palacio Valdés sobrevuela los recuerdos de los años de infancia vividos en Laviana, y aborda, también con tintes dramáticos, el cambio de vida de esa comunidad campesina que ve peligrar su tranquilidad por la aparición de la minería, de la que muchos dicen que traerá la civilización y el dinero, pero también engendrará la violencia.

Ambos autores, Ford y Valdés, tienen en común la sublimación de una sociedad patriarcal llamada a desaparecer.

Nuestra historia empresarial más reciente la protagoniza el riojano Pedro Duro, quien funda la Fábrica de La Felguera, que llegó a ser el centro siderúrgico más importante de España. La montó aquí porque aquí teníamos una Carretera Carbonera, un Ferrocarril, recursos naturales en las aguas de los ríos Nalón y Candín, además del carbón de las Reales Minas de Langreo. Así que funda la empresa Duro y Compañía con la ayuda de algunos socios como Julián Duro, el Marqués de Pindal y el Marqués de Camposagrado, entre otros. El objetivo de la sociedad era *establecer una fábrica de altos hornos para la elaboración de hierro*. Corría el año 1857 –el mismo año que Baudelaire publicaba en París *Las flores del mal*-, y la fábrica se construyó en la vega del río, en la zona conocida como *La Felguera*, antes Turiellos. Veinte años después, el complejo, que se ocupaba de la siderurgia y el carbón, era el tercero en producción de hierro a nivel nacional. Langreo corría hacia la industrialización con una velocidad de crucero inalcanzable para los vecinos del norte y muy pronto, la Sociedad Metalúrgica Duro Felguera generaba un tercio del hierro que se producía en España.

Cuando Jovellanos nos visitó un siglo antes, escribió: "Deliciosa vista del valle de Langreo, atravesado por el Nalón. Muchos y bellos prados coronados de árboles en la parte más ancha, que es una vega fertilísima. Algunas minas antes de bajar, casi horizontales y con exposición entre oeste y sur. Comimos muy agradablemente en un castañar".

Lo que Jovellanos no sabía, aunque impulsara el desarrollo industrial, era que con él se iba a entrar en una nueva era. Solo 80 años después de ese encuentro tan bucólico de Jovellanos con nuestro valle, Langreo prometía ya ser uno de los "mejores centros industriales de Europa". Fue entonces cuando llegaron trabajadores de Italia y de Bélgica, y los asturianos, poco dados a aceptar invasiones, aunque fueran pacíficas y transformadoras como esta, no encajaron nada bien en un principio el intrusismo.

Pedro Duro había mandado construir las casas para los ingenieros de la fábrica y el mercado de abastos que tanta vida sigue dando a La Felguera cada sábado. Esta zona de Valnalón donde estamos ahora, como bien sabeis, ocupa el lugar de la antigua fábrica, cuyos trabajadores eran ya los mejor pagados pero también los más concienciados políticamente. En los convulsos años veinte del pasado siglo, a Manuel Llana, originario de Lada, siendo presidente de la Federación Nacional de Mineros le ofreció Primo de Rivera ser ministro de trabajo, oferta que el sindicalista rechazó.

El escritor inglés Gerald Brenan describe en su libro *El laberinto español* una de las huelgas más largas en Duro Felguera como "la más obstinada y heroica" de las huelgas españolas, aunque, romanticismos aparte, lo heroico de aquella huelga de 1932, tantas veces más protagonizadas por siderúrgicos y mineros en toda la historia franquista, mas bien se trató de una dura y larga batalla sin apenas alimentos que llevarse a la boca en unos tiempos en los que la retórica falsa y vacua inundaba los discursos.

Son tiempos de huelgas y conflictos, a los que los empresarios responden con paternalismo, al tiempo que con la represión de las autoridades. Un ejemplo de esta actitud empresarial la podemos ver en la respuesta del subdirector de la Fábrica de Duro y Compañía a los trabajadores que se habían manifestado contra la jornada dominical en el año 1872. La leo completa porque no tiene desperdicio:

“¡No se les mandó a ustedes que trabajaran los domingos, sino que se les preguntó si querían hacerlo! Ustedes dijeron que sí y debíamos creer que cumplirían su compromiso. Ahora dicen ustedes que no quieren continuar. Está bien, pero tengo, cuando menos el derecho de decir que no son ustedes hombres de palabra. Dirán ustedes, tal vez, que han cambiado de opinión desde entonces. En ese caso no tenían más que venir a decirlo lisa y llanamente y nosotros no hubiéramos tenido inconveniente en que no se trabajara los domingos, pues ya he dicho y repito, nunca hemos querido imponerles ese trabajo como condición obligatoria. Pero no seño, en vez de eso, han abandonado ustedes el trabajo, causando a la fábrica un gran perjuicio, pues no hemos visto obligados a mantener los hornos en fuego durante 36 horas, gastando así carbón inútilmente. Además, y esto es lo más triste, se han ustedes no sé qué barullo que no quiero ni recordar siquiera porque la indignación me haría salir de mí mismo y quisiera a toda fuerza conservar la calma. ¡Confieso que en un principio mi indignación fue tan grande que había pensado proponer al señor administrador que, aunque ausente, está perfectamente enterado de todo cuanto aquí ocurre, había pensado, digo, en proponerle que fueran despedidos los que se consideraban como instigadores del barullo de antes de anoche y que, en cuanto a los demás, se les rebajara a todos el 10% con que últimamente se subieron los jornales”.

A la muerte de Pedro Duro, en 1886, las campanas de la Iglesia repicaron y simultáneamente se unieron al sonido de las sirenas de la fábrica. Según cuenta la crónica, nueve años después los trabajadores levantaron una estatua en su honor, costeada por ellos mismos, con la inscripción: "Los obreros de la Fábrica de La Felguera, a su fundador, Pedro Duro".

He querido traer a este encuentro al prócer más significativo de nuestra historia moderna, aquel que consiguió que la prosperidad fuera el factor determinante para que La Felguera tuviera una vida rica social y culturalmente. Yo he vivido aquí los mejores años de mi vida y por eso mi obligación es contarlo. La Felguera, Langreo, están hechos de personas cuyo material humano es

intangiblemente heroico, solidario y grandón, absolutamente pegado a sus raíces pero con la valentía y la entrega del que tiene que abandonar un día todo lo que fue suyo para reconstruir allá donde sea otro terruño, otra patria chica, y contagiario de nostalgia hasta que de nuevo haga su equipaje y regrese. Hay muchos langreanos por el mundo, reales y ficticios, pero casi todos nos parecemos a Pinín, el popular personaje de cómic creado por Alfonso Iglesias, que nació en un caserío de Pajomal, y que un buen día construyó, como si fuera un nuevo Juan de la Cierva, un artefacto volador con el que recorrió el mundo, y que llamó, cómo iba a llamarlo si no: *madreñogiro*.

El número de langreanos en el mundo es ingente, pero Carlos Álvarez Nóvoa, mi predecesor en esta ilustre tribuna, es de obligado cumplimiento nombrarlo el primero. Supe de él cuando lo vi en 2000 en la primera película de Benito Zambrano, *Solas*. E imagino que a todos nos pasó igual porque Carlos ganó el Goya al mejor actor revelación.

Solas transcurre a lo largo del breve tiempo en que *Rosa*, papel que encarna María Galiana, pasa en casa de su hija *María*, espléndida Ana Fernández, mientras su marido está convaleciente en el hospital. María es una joven que malvive con trabajos temporales, y que se acaba de quedar embarazada de un hombre que no la ama y que no está dispuesto a asumir responsabilidades con ella. Así que para *María*, el único consuelo es la bebida.

La madre se esforzará por cuidar a su hija, y durante el día también a su marido que está en el hospital, e incluso lo hace a su vecino, que es Carlos Álvarez-Nóvoa, un hombre no muy sociable y que sólo se lleva bien con su perro, *Aquiles*. La actitud amorosa y discreta de la madre hará mella en el corazón endurecido de la hija, avivará las ilusiones del vecino y les dará a todos una lección magistral de convivencia y de humildad.

En esa película, que transcurre en un barrio periférico de Sevilla, Carlos, habla en asturiano, lo que iba provocando en mí simpatía hacia el personaje a medida que avanzaba la cinta pero que terminó de embaucarme en el momento en que María Galiana le pregunta de dónde es, y Carlos Álvarez-Nóvoa responde, con una especie de humildad algo socarrona: “de La Felguera”.

Aquella Felguera de los años 60 en la que me eduqué sentimentalmente fue un referente en el ámbito cultural –ya lo había sido antes de la Guerra con la importante presencia de Ateneos y el nivel de sus altos porcentajes de lectura-, en donde el tópico madrileño le habría encajado a la perfección: “Un viernes y a las siete de la tarde, o das una conferencia o te la dan”. En el Langreo de entonces, los cines, teatros, casinos, bibliotecas públicas, librerías (La Felguerina, con Pepín al frente; La Torre, con los mejores escaparates; la Belter en Sama, donde el día en que compré mi primer *Cuadernos para el Diálogo* el dueño me preguntó si era para mí, tan imberbe que me vio), y otros centros de reunión y recreo intelectual como las salas de actos y de exposiciones de la Caja de Ahorros de Asturias, fueron muy importantes para poder respirar cualquier soplo de renovación. La prosperidad laboral dejaba algunos huecos para la alegría y eso ayudó a que La Felguera, una sociedad luchadora y solidaria, tuviera también su hueco musical, presente en forma de solistas, cuartetos, ochotes, rondallas y coros que preservaron la tradición, pero como también supimos apuntarnos a la modernidad, aquí se formaron grupos con mucha solera como Los Tarisman, poperos que vestían chaqueta roja y pantalón blanco moviendo los pies y los mástiles de las guitarras al tiempo los domingos por la mañana en el cine Sindical; o en los bajos de la casa de los Siete pisos, en donde disfrutábamos del aire rockero de Los Fantoms, con el hermano de Blanquita Estrada a la batería y Pepito el del Barrio Urquijo que cantaba como nadie *So good to dance*, de los Brincos que era el grupo español de moda y que solían lucir palmito en el programa de televisión de Pepe Palau de las dos de la tarde tocados con capas y botas con cascabeles. Los Archiduques, con Tino Casal a la cabeza y su éxito *Lamento de gaitas*; Los Excéntricos y Los Stukas, rokeros impenitentes que nos trasportaban a la isla de Wight o al festival de Woostock desde donde nos llegaban las propuestas de paz y amor de Joan Baez, Donovan, Joni Mitchell, Procol Harum y Leonard Cohen.

Stukas fue una banda que se formó en el 61, que dieron el campanazo al ganar en Oviedo el concurso “Rumbo a la gloria”, precursor de “Operación Triunfo” de las ondas. Estuvieron activos muchos años y grabaron muchos discos, en el 81, graban "Hazañas Bélicas" con el que venden 15.000 copias en un mes.

A César Valdés, bajista del grupo y unos años mayor que yo, le vi en casa de mis padres engatusar a una mexicana parecida a la Bardot que pasaba aquel verano con sus tíos, vecinos nuestros. Le cantaba canciones acompañado de una guitarra mientras ella le hacía ojitos todo el tiempo. En los Stukas estuvieron también, en diferentes etapas a la de Valdés, otros buenos músicos como Carlos Martagón, con quien compartí un curso de bachiller, o el saxofonista Adolfo Altable, que años después amenizaría en la Casa de la Cultura de Sama la primera exposición de pintura de Jorge Serrano, el que fuera guitarra de los Tarisman.

En teatro es obligado recordar al grupo Soto Torres. El director era Francisco Palacios, y la primera representación se hizo en el Teatro Popular de La Felguera en el año 1973, y también en la Casa de la Cultura de Sama, después hubo gira por Ciaño, El Entrego etc.

Su primera representación fue la obra de Ibsen, *Un enemigo del pueblo*. pero cuando quisieron poner en escena una obra de Fernando Arrabal, en el que uno de los papeles lo iba a representar mi hermano, que tenía 17 años, la censura no lo permitió. El grupo lo formaban, entre otros, el ex alcalde de Langreo, Aladino Fernández, su mujer Concha, hija del doctor Soto Torres, Cesar Fueyo, Pedro Barrado, el poeta Juanma Muñiz...

Langreo ha sido cuna de pintores –Eduardo Úrculo, Miguel Ángel Lombardía, Vicente Iglesias, Helios Pandiella-; de poetas –Mánfer de la Llera, Benjamín Mateo, de quien mi madre presumía de que le había escrito un poema pero nunca me dijo de qué poema se trataba; Ricardo Labra, Javier Cellino, el más galardonado y celebrado fuera de Asturias, y por supuesto, el más tocado por las musas del Olimpo poético, Alberto Vega, cuya grandeza lírica era solo comparable a la humana.

Tenemos una historia repleta de símbolos, de rebeldía y de progreso, de nombres propios con los que construir un árbol genealógico de gran altura. Para mí, este es el único valle que no es de lágrimas, aunque nos lloviera hollín

encima y viviéramos inviernos fríos, lluviosos y con nevadas de un metro, pero como dijo Borges refiriéndose a la lluvia, esas son cosas que solo ocurren en el pasado. La sensación que a mí me produce este valle, este entorno, es como la que a Proust le produjo al saborear una Magdalena mojada en una infusión: "Es ese momento desaparecieron toda inquietud sobre el porvenir, toda duda intelectual". Recuerdo una tarde de verano en que fui con un grupo de amigos, en el que se estaban Rico, Helios Pandiella, Julio César Menéndez y Vicente Iglesias..., una tarde memorable en la que ellos estaban atentos al paisaje que cada uno iba plasmando en el lienzo mientras yo leía *La colmena* tumbado a la sombra sobre un montón de hierba seca. Esta imagen idílica es parte de mi magdalena proustiana, y el recordarlo, por ejemplo, consigue que desaparezca cualquier inquietud sobre el futuro.

Termino y vuelvo al poema de Félix Grande:

Donde fuiste feliz alguna vez
no debieras volver jamás: el tiempo
habrá hecho sus destrozos, levantando
su muro fronterizo
contra el que la ilusión chocará estupefacta.

El tiempo habrá labrado,
paciente, tu fracaso
mientras faltabas, mientras ibas
ingenuamente por el mundo
conservando como recuerdo
lo que era destrucción subterránea, ruina.

Y no debo seguir leyendo. Prefiero acabar esta charla con el mensaje de estos dos versos que marcan el verdadero sentido que he querido transmitirles con mis palabras:

Sabes que volverás, que te hallas condenado
a regresar, humilde, donde fuiste feliz.

Y como lo fui, aquí dejo constancia, en La Felguera, Langreo, a 15 de julio de 2011. Gracias

